

LA GUERRA A MEXICO DE ESTADOS UNIDOS (1846 - 1848)*

José BRAVO UGARTE

Las declaraciones de la guerra (13 mayo y 7 julio 1846).

—El 7 de abril de 1846 se recibió en Wáshington una breve comunicación del ministro en México Slidell (de 15 de marzo), en la que éste anunciaba acabarle de llegar la respuesta definitiva del gobierno de Paredes rehusándose a recibirlo como ministro plenipotenciario. El gabinete de Polk acordó entonces recomendar al Congreso la guerra a México; pero en los días siguientes se tuvo por mejor aguardar a que volviera Slidell a Wáshington, se tuvieran más noticias sobre la cuestión del Oregón, que podía hacer estallar la guerra, y a que los mexicanos comenzasen las hostilidades contra las fuerzas de Taylor.

Desde el 25 de abril quedó resuelta pacíficamente la cuestión del Oregón; el 8 de mayo llegó Slidell a Wáshington y habló con el presidente Polk, aconsejándole la guerra inmediata a México como único medio para obtener la reparación de sus agravios e injurias; y el sábado 9, a las seis de la tarde, un mensajero de Taylor trajo la noticia de que “las hostilidades podían ahora darse por comenzadas”. El gabinete, que se había reunido en la mañana, volvió a reunirse por la noche y acordó en seguida que se enviase al Congreso “el mensaje de guerra”, que fué presentado el lunes 11.

En él aduce Polk tres razones para declarar la guerra a México: *las reclamaciones*, insatisfechas, “por los crueles atentados” cometidos por México contra los ciudadanos de los Estados Unidos durante un largo período de años, que alcanzaban ya “la enorme suma de \$ 8.491,603”; *la repulsa de la misión de Slidell*, en la que “no había quedado esfuerzo por hacer para un arreglo amistoso”; y el comienzo de las hostilidades “por México, por cuyos actos existía la guerra, y que

* Del vol. II, t. III de su *Historia de México*.

había invadido el territorio americano y derramado sangre americana en territorio americano”.

Varias cosas hay que notar. En el asunto de *las reclamaciones*: que, respecto de las juzgadas, México se encontraba entonces, como lo reconocían los ministros de los Estados Unidos, en imposibilidad de pagarlas; y respecto de las pendientes, que la Convención de 1843 no fué ratificada en *Washington*, y que todas ellas —según el testimonio del ministro Thompson—¹ no ameritaban, antes al contrario, el recurso a la fuerza. Por lo demás, el monto *total* de las reclamaciones lo valuaron los mismos Estados Unidos en 1848 y para el Tratado de Paz, en \$ 3.250,000, “fundándolo en los datos que tenían y con aproximación a la más alta suma a que podían llegar”.² *La repulsa de Slidell* no fué absoluta, sino condicional, mientras se presentara, estando rotas las relaciones diplomáticas, como ministro plenipotenciario residente. Menos “pacífica” fué aún su misión respecto del gobierno de Paredes, pues entonces los barcos de guerra que se habían retirado, volvieron a Veracruz, y Taylor avanzó hasta el Bravo: hechos que fueron nueva razón para no recibir al “enviado de paz”.

Nada probaban estos dos motivos, y ni siquiera hubieran servido para conmover al Congreso de los Estados Unidos, como observan Rives (II, 124) y Rippey (12). Y, por eso, el mismo Polk le dijo a Slidell el 8 de mayo que “sólo era cosa de tiempo”, y aguardó a tener el tercer motivo del comienzo de las hostilidades “por México”.

El 13 de enero se había ordenado a Taylor que avanzara hasta el Bravo, sin ponerle ya la restricción, que se le había impuesto el 8 y el 30 de julio del año anterior, de “no perturbar las posiciones militares ni las poblaciones mexicanas de la ribera oriental del Bravo”.³ Taylor comenzó su avance el 8 de marzo, y fué *desalojando a los mexicanos* del Frontón de Santa Isabel (27 marzo), “de donde se retiraron los empleados de la capitanía del puerto y todos los demás, poniendo fuego a las casas”;⁴ de la isla del P. Vallín y de Laredo, villa en la que “fué *desarmado el piquete de tropas mexicanas* que se hallaba allí de descubierta”⁵. Taylor estableció, además, *el bloqueo de Matamoros*. Tal fué —aun prescindiendo de las repetidas hostilidades anteriores de los Estados Unidos (paso del Sabina por Gaines, anexión de Texas, etc., etc.)—

el verdadero comienzo de las hostilidades, hecho no por los mexicanos, sino por los estadounidenses para provocar a los mexicanos a que disparasen los primeros tiros. Taylor, refiriéndose al bloqueo, escribió a su ministro de la Guerra el 23 de abril: “de todos modos obligará a los mexicanos a retirar su ejército de Matamoros, donde no puede mantenerse, o a tomar la ofensiva de este lado del río”.⁶

Al día siguiente (24 abr.), en efecto, ordenaba el general Arista al general Torrejón que con 1,600 hombres cruzase el Bravo y empezase a hostilizar al enemigo “por todos los medios posibles”. Torrejón cumplió su cometido sorprendiendo en el rancho de *Carricitos* (25 abr.) a una partida de 53 exploradores del enemigo, de los que 7 fueron muertos y el resto hecho prisionero.⁷ A esto se refería Polk al decir que “por actos de México” existía la guerra y habían comenzado las hostilidades.

Falsas eran también sus otras aseveraciones: que “México había invadido territorio americano y derramado sangre americana en territorio americano”. El territorio en que aquella se derramó no pertenecía —aun desde el punto de vista estadounidense más respetable— ni de hecho ni de derecho a los Estados Unidos. Lincoln expuso luminosamente la cuestión *en cuanto al hecho*. Durante la campaña presidencial de 1848 pidió al presidente Polk demostrase que era de los Estados Unidos dicho territorio, y dijo en su discurso ante la Cámara del 12 de enero: “Me propongo exponer mi punto de vista sobre la verdadera regla que debe regir la fijación de los límites entre Texas y México. Esta es: en cualquier parte en que Texas estaba ejerciendo jurisdicción era territorio de Texas, y donde México ejercía jurisdicción era territorio mexicano; y todo lo que separaba el ejercicio efectivo de la jurisdicción de uno respecto de la jurisdicción del otro, era el verdadero límite entre ellos. Si, como probablemente es cierto, Texas ejercía jurisdicción a lo largo de la ribera occidental del río Nueces y México la ejercía a lo largo de la ribera oriental del río Grande, entonces ninguno de esos ríos era el límite, sino el país deshabitado que se extiende entre los dos ríos. La extensión de nuestro territorio en aquella región no dependía de límite alguno fijado en convenios [porque ningún convenio había tratado de fijarlos], sino sobre una revolución. . . Es

ya para mí algo más que sospecha, que él [Polk] tiene conciencia plena de haberse comportado injustamente; que siente la sangre de esta guerra como la sangre de Abel clamando al cielo...”.

La cuestión *del derecho*, para los Estados Unidos, estaba aún pendiente de arreglo. Así lo notificó el Encargado de Negocios Green al Gobierno Mexicano en 1843⁸, y así lo consideró el Congreso de los Estados Unidos al aprobar la resolución conjunta de 1845.⁹ Por consiguiente, el citado territorio era, para los Estados Unidos, un territorio en disputa y que aún no les pertenecía de derecho. Grant lo reconoció en sus *Memorias*: “El ejército no se detuvo en el río Nueces ofreciendo entablar negociaciones para arreglar la cuestión de límites, sino que se internó más allá con la intención clara de forzar a México a iniciar la guerra. . . La presencia de las tropas de los Estados Unidos en el extremo del territorio disputado, más allá de los establecimientos mexicanos, no fué suficiente para provocar un rompimiento de hostilidades. Habíamos sido empleados [los militares] para provocar la guerra, pero era esencial que México la comenzara; era muy dudoso que México declarara la guerra, pero si México atacaba a nuestras tropas, el ejército podía anunciar: puesto que la guerra existe por los actos de [México], etc. . .”.

El 13 de mayo firmó Polk el decreto del Congreso que declaraba: “Por actos de la República de México existe un estado de guerra entre ese Gobierno y el de los Estados Unidos.” Al discutirlo, un grupo de senadores se opuso a él, diciendo que no había pruebas suficientes de que por actos de la República Mexicana existiese el estado de guerra; pero la mayoría se dejó al fin seducir por el presidente, votando en favor del decreto 173 contra 14 en la Cámara, y 42 contra 2 en el Senado, habiéndose algunos abstenido de votar.

México no declaró la guerra hasta el 7 de julio, en que se publicó por bando el decreto respectivo del Congreso, de 2 de julio. El artículo 1º exponía sumariamente el carácter y motivos de guerra: “El Gobierno, en uso de la natural defensa de la Nación, repelerá la agresión que los Estados Unidos de América han iniciado y sostienen contra la República Mexicana, habiéndola invadido y hostilizado en varios de los Departamentos de su territorio”.¹⁰

La que algunos han considerado como declaración de guerra contenida en el Manifiesto del presidente Paredes, de 23 de abril, no lo fué. "Anuncio solemnemente —decía en él Paredes— que no decreto la guerra al gobierno de los Estados Unidos de América, porque al Congreso augusto de la Nación pertenece, y no al Ejecutivo, resolver definitivamente la reparación que exigen tantas ofensas. Mas la defensa del territorio mexicana que invadan las tropas de los Estados, es una necesidad urgente, y mi responsabilidad sería inmensa ante la Nación, si no mandara repeler a las fuerzas que obran como enemigas, y lo he mandado. Desde este día comienza la guerra defensiva, y serán defendidos esforzadamente cuantos puntos de nuestro territorio fueren invadidos o atacados." 11

La guerra (8 marzo 1846—30 mayo 1848).—Una vez provocada la guerra mediante la ya expuesta *campaña de la frontera de Texas* (8 mar.—13 mayo 1846), los Estados Unidos se propusieron *dos objetivos* en el desarrollo de la guerra: *conquistar* las codiciadas provincias mexicanas del Norte —Alta California, Nuevo México y, si convenía, Chihuahua—, y *forzar a México a reconocer* esas conquistas. Para el primer objetivo sirvió la triple campaña del Norte, sobre Alta California, Nuevo México y Chihuahua. Para el segundo, la dirigida *contra la Capital*, que se inició en el Bravo y que al fin se desdobló en dos: *la del Bravo-Saltillo*, como apoyo, y *la de Veracruz-México*, como principal. Hubo, además, una campaña de *operaciones navales* sobre las costas mexicanas del Golfo y del Pacífico. Y otra de *guerrillas*, que operaron al Norte y en el Centro. Casi desde el principio de las hostilidades inicia Polk *negociaciones de paz*, pero éstas no se formalizan hasta que se pierde en México la esperanza de la victoria.

Mientras en los Estados Unidos todo el país se consagra a ganar la guerra y hay unidad de mando en cada campaña, México se desintegra en la anarquía: se aprisiona al presidente Paredes, se cambia la forma de gobierno y la Constitución, hay siete presidentes, seis generales dirigen sucesivamente la campaña contra Taylor, prosiguen las insurrecciones, y sólo 7 de de los 19 estados que forman la Federación Mexicana contribuyen con hombres, armas y dinero para la defensa nacional.

De tal anarquía fué en no pequeña parte responsable el

presidente Polk, que recomendó a los jefes de la campaña militar indujesen al pueblo mexicano a separarse del Gobierno Nacional o mantenerse en actitud neutral, y que contribuyó eficazmente al derrocamiento de Paredes facilitando el regreso de Santa Anna. Taylor, Scott y el mismo Polk lo proclamaron así públicamente.¹²

De las rebeliones de los indios dijo D. Luis de la Rosa, Secretario de Relaciones: "El Gobierno tiene datos para creer que los indios de Xinchú y de otros pueblos insurreccionados, han sido instigados al desorden y a la rebelión por los americanos que, desprendidos del ejército, han venido a buscar fortuna entre esos mismos indios."¹³ Y la Comisión de Relaciones de la Cámara de Diputados: "El conquistador [estadounidense], si no es el autor primario de su rebelión [de los indios], los usa al menos como instrumentos auxiliares de su agresión: existen en el Ministerio las comunicaciones de los generales americanos a los indios sublevados, que comprueban este aserto."¹⁴

Campañas de conquista: Alta California, Nuevo México, Chihuahua (jul. 1846-mar. 1848).—La campaña de la *Alta California* (2 jul. 1846-13 en. 1847) fué preparada por la *insurrección separatista* del ingeniero topógrafo John C. Frémont. Éste había sido comisionado (1842) para explorar el Oregón y encontrar un camino más corto de los Estados Unidos al Pacífico. Hizo varias expediciones: la última en 1845 y a través del territorio mexicano de la Alta California, hasta llegar en diciembre a la fortaleza de Sutter, junto con 15 compañeros, mientras otros 50 de éstos le esperaban en el río Kern. Frémont iba en busca de ropa, comestibles y dinero, y él y varios de sus compañeros recorrieron algunas poblaciones y colonias del Norte de la Alta California. Habiéndose él, finalmente, dirigido a Monterrey para hablar con el cónsul Larkin, preguntaron las autoridades mexicanas a éste con qué objeto habían entrado en el Departamento "tropas de los Estados Unidos". Larkin respondió que Frémont venía por órdenes de su gobierno a proyectar un nuevo camino al Pacífico; que había dejado su compañía de 50 hombres, que no eran soldados, "en la frontera"; que estaba en Monterrey proveyéndose de ropa y dinero, y que pensaba continuar luego su viaje al

Oregón. Pero, en vez de continuarlo, Frémont se reunió con su gente cerca de San José y marchó al Sudeste hasta el Salinas. Al saberlo, el comandante militar José Castro le ordenó que inmediatamente se retirase fuera de los límites del Departamento (5 marzo 1846). Frémont respondió de palabra rehusándose a obedecer y acampó en el Pico del Gavilán, frente a Monterrey, donde construyó un fuerte e izó la bandera de los Estados Unidos. Amenazado entonces por fuerzas mexicanas, se retiró al Oregón (9 marzo), donde fué alcanzado por Gillespie.¹⁵

A fines de mayo regresó con Gillespie a California, y estando entre los colonos de su país, inició la insurrección separatista, bien fuera instigado por Gillespie, por los colonos o por uno y otros. Corrían falsos rumores —difundidos de buena o mala fe— sobre que las autoridades mexicanas hacían preparativos militares contra los colonos, pero no había más que una pugna política, cada vez más tirante, entre el comandante militar José Castro, de Monterrey, y el gobernador Pío Pico, de Los Ángeles. El 10 de junio la gente de Frémont se apoderó de 170 caballos que Castro destinaba para montar una milicia, y el 14 tomó la población de *Sonoma*, redujo a prisión a sus autoridades y enarboló (ese día o poco después) una bandera en la que había una barra, una estrella, un oso y la leyenda “República de California”. El oso, animal común entonces en California, simbolizaba “la fuerza y la resistencia irreductible”, lo demás aludía a Texas y a los Estados Unidos. Castro y Pico se reconciliaron para hacer frente a la insurrección, pero antes de que pudiesen hacer nada efectivo, fué invadida la Alta California por los marinos de los Estados Unidos.¹⁶

El comodoro *Sloat* había sabido el 31 de mayo, frente a Mazatlán, las batallas de Palo Alto y La Resaca, y el 5 de junio la toma de Matamoros; pero hasta el 7, en que se enteró del bloqueo de Veracruz, no enfiló hacia Monterrey, pues —decía— “ninguno de los dos países había declarado aún la guerra”, olvidándose de que posteriormente se le mandó no esperar sino el mero comienzo de las hostilidades —“in event of actual hostilities”—, y haciéndose acreedor a una fuerte reprimenda de Wáshington.

El 2 de julio ancló frente a *Monterrey*, el 7 ocupó ese puer-

to, el 8 a *San Francisco* y el 17 a *San Juan Bautista*. Su proclama decía: "habiendo México comenzado las hostilidades contra los Estados Unidos, invadiendo el territorio de éstos y atacando sus tropas. . . , izaré la bandera de los Estados Unidos por toda la California. . . En adelante California será parte de los Estados Unidos [Hence forward California will be a portion of the United States]". El 29 de julio Sloat fué reemplazado por *Stockton*, el cual prosiguió activamente la ocupación de California, ayudado por Frémont y sus hombres, para los que no tenía ya objeto su República del Oso. *San Diego* (29 jul.), *Santa Clara* (4 ag.), *San Pedro* (6 ag.) y *Los Angeles* (13 ag.) fueron cayendo en su poder. Castro y Pico no supieron organizar la defensa que intentaban, y el 10 de agosto huyeron de Los Angeles para evitarse la humillación de rendirse al invasor extranjero. Castro llegó a Altar, Son., el 7 de septiembre, y Pico a Mulegé, B. Cal., el 22 de octubre. Ambos mandaron urgentes y apremiantes mensajes a México pidiendo socorros, pero nada se pudo enviarles.¹⁷

Stockton dejó en Los Angeles de comandante militar a *Gillespie*, el cual oprimió de tal modo al pueblo, que lo excitó a la defensa armada. En ella desarrollaron los californianos una breve y brillante campaña de guerrillas contra los invasores. El movimiento fué iniciado en Los Angeles el 23 de septiembre por Sérvulo Varela, y dirigido luego por ex oficiales del Ejército Mexicano, algunos de los cuales habían sido obligados a dar su palabra de honor de no tomar las armas contra los Estados Unidos. Estos oficiales se disculparon más tarde, diciendo que la renovación de las hostilidades hecha por Gillespie con sus persecuciones les había liberado de su compromiso.¹⁸

Los californianos atacaron y aprehendieron a algunos de los invasores en *Rancho Chino* (26-7 sept.), obligaron a Gillespie a capitular en *Los Angeles* (29 sept.), hicieron que Talbot se retirarse de *Santa Bárbara* (1-2 oct.) y Merrit de *San Diego* (. . .oct.), e infligieron una derrota a Mervine en *San Pedro* (8 oct.) Otro grupo, dirigido por Manuel Castro, avanzó hacia el Norte, capturó a Larkin en el rancho de Los Vergeles (15 nov.) y libró con ventajas la acción del *Encinalito* y *Rancho de la Natividad* (16 nov.). Pero la más brillante acción fué la de *San Pascual* (6 dic.), que Andrés Pico con 80 hombres ganó

“a pura arma blanca” al conquistador de Nuevo México Kearney, que trayendo 160 tuvo 18 muertos, 19 heridos (incluso él mismo) y 1 disperso, mientras que las bajas de Pico sólo fueron 12 heridos y 1 ó 2 prisioneros. Desgraciadamente, los pocos elementos con que contaban —no hubo armas sino para 200— y las discordias que los dividieron —llegaron a tener preso unos días (3-5 dic.) al capitán José M^a Flores, jefe de todo el movimiento—, hicieron estériles todos sus esfuerzos.

Kearney, después de su campaña de Nuevo México y de su revés de San Pascual, venció a Flores en el *San Gabriel* (8 en. 1847) y en *La Mesa* (9 en.) y entró en Los Ángeles (10 en.). Los californianos tuvieron que capitular en *Caahuenga* (13 en.), habiéndose retirado dos días antes el capitán Flores, que se dirigió a Sonora.¹⁹

Muy semejante a la anterior fué *la campaña de Nuevo México* (2 ag. 1846-5 feb. 1847), que el mismo día de la declaración de la guerra (13 mayo) le fué encomendada al experimentado coronel de dragones *Esteban W. Kearney* (o Kearny). Con 1,700 hombres, que en breve fueron reforzados con los voluntarios de Missouri y que componían el “Ejército del Oeste”, cruzó, por el Arkansas, la frontera mexicana el 2 de agosto. El 15 entró en *Las Vegas*, el 16 en *San Miguel* y el 18 en *Santa Fe*, sin haber encontrado resistencia alguna, pues el comandante militar D. Gabriel Armijo consideró impracticable la defensa y abandonó Santa Fe el 16 de agosto, con 200 ó 300 hombres y unos 8 cañones. En su auxilio había marchado el 10, desde Paso del Norte, el comandante general de Chihuahua Ugarte, con 400 hombres, pocas municiones y ninguna artillería. Al encontrarse los dos, Armijo disuadió a Ugarte diciéndole que “6,000 americanos venían hacia el Sur”. En México fué acusado Armijo de haber sido comprado por los invasores, pero no hay constancia de ello ni —dice Smith, I 516 n. 13— parece probable, tomando en cuenta los pormenores de su retirada. Armijo pidió después reiteradamente que se le juzgase, para depurar su conducta contra sus acusadores.

La defensa del territorio fué hecha, como en California, por la población civil y los militares que habían quedado en él. Sólo fué un sacrificio, simbólico de la protesta de Nuevo Méxi-

co contra la conquista estadounidense. Las primeras noticias de la conspiración de los patriotas, que en San Fernando de Taos dirigían el coronel Diego Archuleta y el indígena Tomás Ortiz, llegaron a Santa Fe el 15 de diciembre de 1846. Después de inútiles pesquisas para localizar a los jefes, el gobernador Carlos Bent fué a San Fernando el 14 de enero, y allí fué asesinado el día 19, junto con otros cinco de sus connacionales y con varios mexicanos que servían al invasor. Igual suerte corrieron, el mismo día, otros dos en Río Colorado, y siete en Arroyo Hondo.

Apenas tuvo noticia de estos sangrientos sucesos el coronel Sterling Price, comandante militar, salió de Santa Fe con 400 hombres y 4 piezas de artillería (23 en. 1847). Los patriotas le presentaron batalla en *La Cañada* (24 en.), *El Embudo* (30 en.) y *Pueblo de Taos* (4 feb.), pero en todos estos puntos fueron vencidos. De los principales jefes, Tafaya, Pablo Chávez y Cortés sucumbieron en una u otra de esas acciones; Ortiz fué muerto por un soldado que le encontró días después; Pablo Montoya fué ahorcado en Taos el 7 de febrero, y Archuleta pudo escapar y vivía aún en 1883.²⁰

Tres *campañas* se organizaron *contra Chihuahua*: la de Wool, la de Doniphan y la de Price. La de Wool se empezó a través de Coahuila y no pasó de este Estado, las de Doniphan y Price procedieron de Nuevo México cuando el gobierno de Wáshington había ya resuelto abandonar la campaña de Chihuahua, y la de Price se hizo ¡después de firmada la paz!

Campaña de Wool (11 oct.—5 dic. 1846). En los primeros esbozos que el gabinete de Polk hizo de las operaciones militares contra México, Chihuahua fué mencionada como provincia de conquista, junto con California y Nuevo México, que se reclamarían como indemnización por la guerra y por la deuda. Y así, se habló de enviar a Chihuahua 4,000 voluntarios, y de organizar el “Ejército del Centro” bajo el mando del general *John E. Wool* (mayo 1846). Luego (11 jun.), se mandó a éste que se pusiera al frente de las fuerzas que se reunían en San Antonio, Tex., y esperase órdenes del general Taylor, quien probablemente le enviaría a Chihuahua. Por último, el 14 de agosto se le ordenó marchar a Chihuahua, dejando a su discreción el desarrollo de la campaña.

Tres mil hombres formaron el Ejército del Centro. Wool cruzó con ellos el Bravo por el Presidio de San Juan Bautista de Río Grande (hoy Guerrero, Coah.) el 11 de octubre. No encontrando allí practicable la ruta del Oeste hacia Chihuahua, se dirigió al Sur hasta Monclova, en la que entró sin resistencia el 3 de noviembre. En Monclova se desilusionó de la expedición de Chihuahua, que ofrecía dificultades sin ventajas, concibió otra —contra Saltillo y San Luis Potosí—, lo comunicó todo a Taylor y sin esperar respuesta avanzó hasta Parras, que también ocupó sin resistencia (5 dic.). Taylor le informó que se había resuelto abandonar la campaña de Chihuahua y le mandó avanzar hasta Parras, lo que Wool había ya hecho. Su Ejército del Centro fué incorporado al de Taylor.²¹

Campaña de Doniphan (dic. 1846-ab. 1847): De acuerdo con los propósitos generales del gobierno de los Estados Unidos —cuya determinación respecto a prescindir de la campaña de Chihuahua no se conocía aún en Nuevo México—, el coronel *Alejandro W. Doniphan*, después de una expedición entre los indios navajoes, salió con 756 hombres de Valverde para Chihuahua, donde debía “reportarse” al general Wool (Instrucciones de Kearney). Con gran entusiasmo, en medio de enormes dificultades, se prepararon los chihuahuenses para rechazar a Doniphan. Un primer ejército de 1,200 hombres con 4 piezas de artillería se reunió en Paso del Norte, y al mando del teniente coronel Luis Vidal avanzó hasta La Presa al encuentro del enemigo. Una sección de 600 hombres con 1 obús, mandada por el comandante Antonio Ponce, siguió adelante hasta *Temascalitos* (o El Bracito), sobre el Bravo, donde sorprendió a los invasores: había ya obtenido notorias ventajas, cuando se retiró durante la acción, interpretando como toque de retirada el que se le daba “de degüello” (25 dic.). Vidal, en La Presa, no intentó ya nada, y Doniphan entró en Paso del Norte al día siguiente. Nuevo ejército chihuahuense de 2,000 hombres, a las órdenes del comandante de Chihuahua J. A. Heredia, se opuso inútilmente a su avance en el rancho del *Sacramento* (28 feb.), cerca de Chihuahua. Doniphan ocupó esta ciudad el 1º de marzo, y en abril fué a reunirse con Taylor en Coahuila y a licenciar sus tropas, que eran voluntarios de Missouri cuyo plazo de enganche terminaba.²²

Campaña de Price (feb.-mayo 1848). Simples temores de una ofensiva mexicana hicieron al comandante militar de Nuevo México Sterling Price invadir a Chihuahua con número considerable de tropas. El gobernador Ángel Trías le hizo saber oportunamente la celebración del Tratado de Paz, pero Price continuó su avance y Trías tuvo que retirarse a Santa Cruz de Rosales con 4 piezas de artillería y 400 hombres, que allí fueron reforzados con otros 100. Price entró en Chihuahua el 7 de marzo y siguió hasta Santa Cruz de Rosales, donde conferenció con Trías, pero no quiso creer en la concertada paz, a pesar de su verosimilitud y de la honorabilidad del gobernador mexicano. Esperó refuerzos y el 16 atacó durante todo el día la plaza hasta que cayó en su poder. "Ni a consecuencia —dice Roa Bárcena, tomándolo de los *Apuntes*— de la confirmación oficial de la noticia del tratado de paz, ni ante la orden formal del comandante en jefe Butler, evacuó Price a Chihuahua, sino hasta que tuvo a bien hacerlo." El 22 de mayo de 1848, Marcy, secretario de la Guerra en los Estados Unidos, le ordenó retirarse.²³

Campañas para imponer el reconocimiento de las conquistas: Río Bravo-Salttillo, Veracruz-México (mayo 1846-octubre 1847). La campaña inicial Río Bravo-Salttillo fué emprendida por el provocador de la guerra general Taylor, y sirvió para la definitiva Veracruz-México, primero como tanteo, mientras se estudiaba y resolvía el plan definitivo de operaciones contra la Capital, y luego como apoyo para el desenvolvimiento de éste, confiado al general Scott.

Campaña Río Bravo-Salttillo (mayo 1846-febrero 1847). Tuvo las cuatro grandes batallas de Palo Alto, La Resaca, Monterrey y La Angostura, y mediante la ocupación de Matamoros, Camargo, Monterrey, Saltillo, Parras y Ciudad Victoria dominó los Estados de Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Las dos primeras batallas —Palo Alto y La Resaca— fueron el inevitable resultado de la provocación a la guerra hecha por Taylor, la de Monterrey constituyó el principal tanteo para determinar la campaña definitiva, y la de La Angostura sirvió de hecho para distraer hacia el Norte las defensas mexicanas mientras se iniciaba la campaña contra la Capital desde Tampico o Veracruz. Con lo acopiado por Paredes hizo frente México al enemigo hasta Monterrey. Lo posterior fué obra de Santa

Arma, quien, no obstante el bloqueo de Veracruz, pudo allí desembarcar, según explicaremos más tarde.

Después de la referida acción de Carricitos (25 abr.), intentó el general Arista cortarle a Taylor, que se hallaba ante Matamoros, la comunicación con su base del Frontón de Santa Isabel; pero el paso del río se hizo lentamente en los solos dos chalanes disponibles (1^o mayo), y Taylor pudo volver ese mismo día a su base por refuerzos. Ordenó entonces Arista el ataque y asedio del *Fuerte Brown* (3-8 mayo), construido por los invasores frente a Matamoros, y obligó así a Taylor a acudir en auxilio del Fuerte, en el que había sido mortalmente herido el jefe del punto, Brown. La batalla se dió en el llano de *Palo Alto* (8 mayo), duró cinco horas y se redujo casi a un "duelo de artillería", en el que los dos ejércitos conservaron sus posiciones. Los mexicanos eran 3,268 con 10 cañones (8 de a 4 y 2 de a 8) y los estadounidenses 2,500, también con 10 cañones (8 de a 12 y 2 de a 18), pero de mucho mayor alcance. Las bajas: 255 para los mexicanos (102 muertos, 127 heridos y 26 dispersos) y 54 para el enemigo (11 m. y 43 h.).²⁴

Arista movilizó su ejército al día siguiente (9 mayo) a una mala posición, más cercana a Matamoros: una barranca —*La Resaca de Guerrero*— con bosques y pantanos a los lados; y no creyendo ser atacado ese mismo día, descuidó las reservas y permitió que desengancharan las mulas de los cañones. El enemigo avanzó y Arista persistió en su error pensando que se trataba de un reconocimiento, pues era ya muy tarde. Las fuerzas mexicanas fueron sorprendidas y vencidas. Sus bajas llegaron a 547 (160 m., 228 h., y 159 d.), las del enemigo a 121 (39 m. y 82 h.).²⁵

Esta derrota tuvo fatales consecuencias para los mexicanos. Las tropas se desmoralizaron, Arista solicitó un armisticio que le fué negado con altanería, y se retiró de Matamoros (17 mayo), "dejando abandonados los heridos, algún armamento de infantería, municiones y 3 cañones, 2 de los cuales fueron arrojados al río y sacados poco después por el enemigo". El Gobierno le destituyó y procesó, y nombró en su lugar al general Francisco Mejía.

Taylor ocupó a Matamoros (18 mayo) y pidió instrucciones para la ulterior campaña a su Gobierno (21 mayo), el cual

tampoco sabía por entonces qué ordenar y pidió a su vez a Taylor su parecer (28 mayo). Poco después (8 jun.), decía Marcy a Taylor que ocupase lugares sanos sobre el Bravo y particularmente a Monterrey, y le interrogaba si la campaña debía emprenderse con miras a la toma de la Capital o si había de reducirse a las provincias septentrionales. Luego (12 jun.), el general Scott ordenaba a Taylor avanzar “hasta el corazón del país enemigo”. Taylor expuso, por su parte, las dificultades de una campaña desde allí hasta la Capital, que estaban principalmente en su gran distancia y en los consiguientes embarazos para el mantenimiento del ejército y la defensa de una línea tan larga (2 jul.). Por último, el 9 de julio se le informó que el Departamento de la Guerra vería si era mejor hacer la campaña contra la Capital desde Tampico o algún otro punto cercano a Veracruz, y que “se presumía” que tomaría y mantendría a Monterrey, Chihuahua y otros lugares dentro de su radio de acción.²⁶

Taylor estableció su base en *Camargo*, adonde llegó su vanguardia el 14 de julio, y preparó el avance sobre *Monterrey*. En esta plaza se habían concentrado las tropas mexicanas procedentes de Matamoros, las que habían salido de México con Paredes y otras que envió el gobierno de Salas, formando un total de 5,600 hombres, que fueron puestos bajo el mando del general Ampudia. Taylor se presentó el 19 de septiembre con 6,500. La defensa de la plaza fué heroica y, aunque deficiente, le resultó muy costosa al invasor, que —según Balbontín, defensor de Monterrey y luego prisionero de Taylor— iba ya a levantar el campo y se esperaba en éste por momentos la orden de emprender la retirada a *Camargo*, cuando preguntado el general Quitman a qué hora se verificaría, respondió que ya no era necesario porque la plaza había capitulado (pág. 45). Esta versión la confirman dos hechos: las amplias concesiones en la capitulación —armisticio de 8 semanas y retirada de las fuerzas mexicanas con parte de sus armas y municiones—, que disgustaron mucho a Polk y su gabinete, y la declaración reticente de Taylor sobre su carencia de tropas con qué cercar efectivamente la plaza e impedir la evasión de las mexicanas (Carta de 8 de nov. al adjutant-general). La capitulación se firmó el 24 de septiembre, habiendo tenido

los mexicanos 410 bajas (123 m., 224 h. y 63 d.) y héchole al enemigo 488 (120 m. y 368 h.).²⁷

El armisticio pactado por Taylor disgustó tanto más al gabinete de Polk, cuanto que éste, contrariado por la repulsa del Gobierno Mexicano a sus primeras proposiciones de paz, había decidido (22 sept.) la ocupación de Tampico, en la que debían participar las fuerzas de Taylor. Éste, previo aviso, reanudó las hostilidades el 13 de noviembre, ocupó el *Saltillo* el 16 y, conforme a su plan de formar una gran línea defensiva de Parras a Tampico, se apoderó también de *Ciudad Victoria* por medio de Quitman (29 dic.). Pero esta línea demasiado larga, que diseminaba sus fuerzas en pequeños destacamentos fáciles de atacar, desagradó mucho en Wáshington, donde el 22 de octubre se había acordado la campaña de Veracruz, para la que debían destacarse del ejército de Taylor sus mejores fuerzas: el 19 de noviembre se encargó la dirección de ella al general Scott. Taylor, de propia cuenta y estando en Ciudad Victoria (4-10 en. 1847), resolvió prescindir de su gran "línea defensiva" y quedarse sólo con Monterrey y Saltillo, teniendo como base de aprovisionamiento a Camargo. Mientras tanto se había decidido en Wáshington (Marcy a Scott, 4 en.), que Taylor abandonase el Saltillo y se mantuviese en Monterrey estrictamente a la defensiva. Scott se lo comunicó a Taylor (26 en.), pero éste interpretó la orden como consejo, retuvo el Saltillo y avanzó al Sur hasta la hacienda de Agua Nueva para asegurar su posición del Saltillo.²⁸

Entre tanto, Santa Anna, que había llegado a la Capital el 14 de septiembre y salido para San Luis un mes después (14 oct.), se dedicaba a organizar el ejército que había de detener el avance de Taylor. Para equipar y sustentar sus tropas tuvo que comprometer dos veces su fortuna personal, pues el gobierno de Gómez Farías no lo proveyó de lo necesario. En San Luis llegaron a reunirse 21,537 hombres con 40 piezas de artillería de diversos calibres. Debían partir en marzo, apenas terminara el invierno, mas debido "a la grito de los escritores de la Capital contra el ejército y sus jefes, imputando la inacción a falta de decisión y propalando la idea de que el ejército reunido en San Luis, más bien amenazaba al sistema federal que al enemigo", y no menos a la escasez de recursos pecuniaros, que, dejando sin paga a la tropa durante un mes, causaba

una numerosa deserción, tuvieron que ponerse en marcha el 26 de enero, descontados algunos cuerpos para guarnecer ciertos lugares o emprender varias maniobras. El efectivo del ejército en marcha era el 20 de febrero de 14,048 hombres (10,000 infantes y 4,000 jinetes) con 17 piezas de artillería, de las que 6 eran de sitio y plaza. Taylor, a quien se le habían quitado tres divisiones para la campaña de Veracruz, fué puesto en guardia del próximo avance mexicano por las noticias que tuvo de que dos destacamentos de exploradores pertenecientes al ejército de Wool —uno de 72 hombres y otro de 18— habían sido capturados respectivamente en La Encarnación (23 en.) y en Palomas (26 en.). Mostróse indeciso: fué al Saltillo, volvió a Agua Nueva y por fin escogió un punto intermedio: *La Angostura*, llamada entonces —según el autor de *Rápida Ojeada*— El Chupadero. Allí esperó a Santa Anna, con 5,000 hombres, cuya inferioridad numérica quedaba compensada con la magnífica posición en que se situaron y con su muy superior artillería. La batalla (22-23 feb.) terminó el primer día, con la conquista por los mexicanos de una excelente posición que el enemigo había descuidado y que entonces les disputó; y se prolongó el segundo, sin concluirse, obteniendo grandes ventajas los mexicanos en la mañana y conservando los dos ejércitos sus últimas posiciones en la tarde. Después. . . se retiró el ejército mexicano, que no había comido en dos días ni tenía allí qué comer. . . Sus bajas habían sido de 3,494 (591 m., 1,037 h., 12 contusos y 1,854 d.) y las de los invasores 746 (267 m., 456 h. y 23 d.).²⁹

Campaña Veracruz-México (marzo-octubre 1847). Cuidadosamente preparada por el general Winfield Scott, realizó a los seis meses la toma de la Capital, después de cinco grandes batallas —Veracruz, Cerro Gordo, Padierna-Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec—. Tres ejércitos mexicanos la resistieron: el de Veracruz, el del Oriente y el del Valle de México. El primero estuvo bajo el mando del general Juan Morales, y los dos siguientes bajo el de Santa Anna, que fué también su organizador. Los mexicanos se mantuvieron siempre a la defensiva y perdieron todas las batallas, pero hicieron que el enemigo pagara caras sus victorias.

En la isla de Lobos concentró Scott sus tropas, que ascendían a 13,360 hombres y fueron separados en tres divisiones

(2 de regulares y 1 de voluntarios) a las órdenes de los generales Worth, Twiggs y Patterson. Desembarcaron el 9 de marzo en la costa veracruzana, frente a la isla de Sacrificios, y empezaron en seguida los preparativos para el bombardeo y asedio al puerto de *Veracruz* (22-28 marzo). Las operaciones militares se redujeron a un furioso bombardeo de artillería, que duró cuatro días (desde el 22 a las 4 p. m., hasta el 26 a las 8 a. m. —o en la tarde, según otros), abrió brechas en las murallas y destrozó no sólo los cuarteles, sino los hospitales de caridad y de sangre y varios edificios particulares, que comenzaron a incendiarse. Como el bombardeo no se hizo tanto desde el mar, sino principalmente desde cinco baterías instaladas en tierra por el rumbo opuesto a San Juan de Ulúa, no pudieron los veracruzanos aprovechar su mejor y más numerosa artillería, que se había preparado para un ataque naval. La guarnición mexicana, de 4,390 hombres (3,360 en Veracruz y 1,030 en Ulúa), tuvo relativamente pocas bajas (350 muertos, según el parte oficial del general Landero), pero consumió sus municiones y sus víveres, y se impresionó con los graves estragos causados por el bombardeo en la población civil. Scott no admitió más negociaciones que las de la capitulación, y ésta fué firmada el 27. En ella se concedió a los defensores que saliesen con los honores de la guerra, pero se les obligó a entregar sus armas al salir de la plaza y a comprometerse a no volver al servicio hasta que hubiesen sido canjeados. Scott tomó posesión de Veracruz y de Ulúa el 29 de marzo, habiendo tenido 82 bajas (19 m. y 63 h.).³⁰

Para el 14 de abril estaban reunidas en Plan del Río las fuerzas invasoras en número de 8,300. Las mexicanas —del Ejército del Norte, fuerte en 8,135 hombres con 37 piezas de artillería— se hallaban desde el 12 en *Cerro Gordo*, dueñas de las posiciones recién fortificadas que dominaban los que se creían “únicos” caminos de acceso a Cerro Gordo: el camino viejo junto al río del Plan y el nuevo, que a través del lomerío formaba amplia curva. Pero el enemigo reconoció cuidadosamente el lugar por medio de sus oficiales Lee y Beauregard, y encontró, hacia el Norte, otras rutas practicables, que permitían el flanqueo de las posiciones mexicanas y su ataque por la espalda. Conforme a esto ordenó Scott atacar en falso a los mexicanos por el frente y rodearlos por

su izquierda. El plan se desarrolló en dos días (17-18 abr.) y tuvo un completo éxito, que costó a los invasores 431 bajas (63 m. y 368 h.). El Ejército del Norte quedó deshecho: más de 2,000 de sus hombres fueron hechos prisioneros y más de 1,000, muertos o heridos. El general Manuel Arteaga, que venía a reforzarlo con 2,000 hombres, llegó al fin de la batalla y tuvo que retirarse precipitadamente. *Jalapa* (19 abr.), *Pero-te*, en cuya fortaleza se guardaban 66 cañones y morteros, 11,167 balas de cañón, 13,325 bombas y granadas de mano y 200 fusiles útiles (22 abr.), y *Puebla* (15 mayo) —después de una escaramuza entre tropas de Worth y de Santa Anna en *Amozoc* (14 mayo)—, cayeron en poder del vencedor.³¹

Scott entró en Puebla el 28 de mayo y permaneció allí más de dos meses, detenido en parte por sus querellas con el agente de su Gobierno, Mr. Trist —de quien luego hablaremos—, y sobre todo porque no le llegaban los refuerzos que necesitaba para proseguir la campaña. Llegados al fin éstos, reorganizó su ejército, que quedó formado por la brigada de caballería a las órdenes del coronel Harney y por 4 divisiones de infantería, subdivididas cada una en 2 brigadas. Las divisiones tuvieron por jefes a los generales Worth, Twiggs, Pillow y Quitman, y sus respectivas brigadas a los coroneles Garland y Clarke (1ª División de Infantería Regular, de Worth), al general Smith y al coronel Riley (2ª Div. de id., de Twiggs), a los generales Cadwalader y Pierce (3ª Div. de id., de Pillow), y al general Shields y coronel Watson (4ª Div. de Infantería de Voluntarios, de Quitman). Su efectivo era de 10,738 hombres.³²

Para la defensa de la Capital se proyectaron dos líneas de defensa: *la exterior* por el Peñón, Mexicalcingo, Hacienda de San Antonio, Churubusco, Chapultepec y Guadalupe; y *la interior* por las garitas de San Lázaro, La Candelaria, San Antonio Abad, Niño Perdido, Belén, Santo Tomás, San Cosme, Nonoalco, Peralvillo y Vallejo. Pero imaginándose que el ataque enemigo sería por el Oriente, se fortificaron perfectamente las posiciones del Peñón y Mexicalcingo, menos bien las de San Antonio y Churubusco, y menos aún las restantes. Concentraronse en la Capital y sus alrededores 20,210 hombres y 104 cañones, algunos de éstos fundidos al estilo de los

Paixhan por el teniente coronel Bruno Aguilar, que "resultaron tan buenos como los que traía el enemigo".³³

Éste salió de Puebla del 7 al 10 de agosto y estuvo en Ayotla, frente a la línea del Oriente —Peñón, Mexicalcingo— el día 11. El plan de Santa Anna era puramente defensivo: resistir al enemigo en la línea del Oriente y atacarlo, cuando él atacara, con las reservas mexicanas situadas en Texcoco y mandadas por el general Valencia y el general Álvarez. Scott buscó, naturalmente, una entrada más fácil en la línea exterior mexicana, y el 14 fué encontrada por el coronel Duncan al Sur, en el camino de Acapulco, es decir, en Tlalpan. Para el 16 estaban allí las fuerzas invasoras, que se encontraron entonces con las posiciones fortificadas de la Hacienda de San Antonio y del convento y puente de Churubusco. Buscaron nuevamente el modo de evitar también estas fortificaciones, y el 18 los coroneles Lee y Beauregard hallaron practicable una senda que, rodeando el Pedregal, conducía a Padierna y San Ángel. Por la noche quedó resuelto hacer el avance principal por esa senda y al amanecer del 19 se ordenó que la división Pillow abriese el camino protegida por la división Twiggs, mientras la Worth amagaba la Hacienda de San Antonio y la Quitman custodiaba la base de Tlalpan.

Entre tanto y debido a los movimientos del enemigo, reforzó Santa Anna los puntos de San Antonio y Churubusco, y ordenó a Valencia (15 ag.) que se pasara de Texcoco a San Ángel. Valencia hizo reconocer su nuevo campo de operaciones, advirtió que Padierna no era buena posición e informó al Gobierno (17 ag.), el cual le ordenó entonces que permaneciera en San Ángel hasta saberse qué dirección tomaba el enemigo, y que sólo que la vanguardia de éste avanzara hasta San Ángel el 18 —lo que se creía ser "contra toda probabilidad"—, marchase Valencia hacia Tacubaya. El 18, a las cinco de la tarde, recibió Valencia orden de retirarse a Coyoacán en la madrugada del 19; mas él, que por unos espías había sabido en la mañana (del 18) que "todo el empeño del enemigo era inquirir cómo podía pasar por este pueblo [de San Ángel]", previó con notable acierto el plan de Scott y lo comunicó al Gobierno: "Para mí es claro como la luz del día, que el enemigo emprenderá su ataque, si no es mañana, lo será pasado; pero haciéndolo a la vez por dos puntos naturales, cuales son

el de San Antonio y Churubusco, y el que defiende el ejército de mi mando; que al uno dará ataque falso, mientras que al otro se hará con todo tesón; pero que si encontrara abandonado uno de ellos al comenzar a moverse, suspendería su movimiento sobre el cubierto hasta dar lugar a sus fuerzas a que, haciendo una marcha violenta, se pusieran en aptitud de batir por el flanco al que quedaba y envolver su posición. De tal modo creo sucederá si se abandona esta entrada, y el ejército mexicano se verá atacado por su flanco y su frente, a la vez que al enemigo, si no le parece obrar así, queda libre el campo para acercarse a la ciudad impunemente, marchando los que hayan venido por este pueblo en aptitud de dirigirse en seguida para México, ya sea por el camino recto al Niño Perdido o ya sea por el de Mixcoac a la Piedad o Tacubaya." Y conforme a estas razones pidió Valencia al Gobierno por tres cartas —al ministro de la Guerra Alcorta, a Tornel y a Santa Anna— que se revocara la orden y se le dejara donde estaba, pues tenía "un campo retrincherado, y casi toca a las probabilidades de la victoria". De mala gana accedió el Gobierno; Santa Anna le contestó concluyendo con estas palabras: "Hágase lo que Ud. desea, y que cada uno cargue con la responsabilidad que le corresponda"; y el ministro de la Guerra: "[el ciudadano presidente] conviene en que V. E. permanezca en la actual posición que ocupa... S. E. el presidente y general en jefe [le ayudará] por cuantos medios le fuere posible con las fuerzas que tiene inmediatamente a sus órdenes para poder rechazar al enemigo si lo atacase, como es probable, según los movimientos hechos por el invasor esta tarde".³⁴

Pero no se tomaron bastante en cuenta las exactas observaciones de Valencia para modificar el primitivo plan de defensa extendiéndolo a la descubierta línea de San Ángel-Tacubaya mediante los debidos refuerzos, ya fuese en Padierna o en otro punto más adecuado. Valencia, que comandaba la gloriosa División del Norte, reducida ya a 4,000 hombres con 22 cañones, fué atacado en *Padierna* la tarde del 19 de agosto, sin que Santa Anna, que presenció gran parte de la batalla con los 3,000 hombres de la brigada Pérez, desde las lomas del Toro, intentase nada en serio. Valencia quitó al enemigo del rancho de Padierna de que se había apoderado, pero no lo desalojó del bosque de San Jerónimo, donde pudo aquél concentrar

sus tropas para el ataque del día siguiente. Valencia, con la intención quizás de reanimar a sus hombres, celebró en seguida ruidosamente la victoria del Rancho y concedió ascensos a sus generales, jefes y oficiales. En la noche, que fué de "horrorosa tormenta", mandó Santa Anna a uno de sus ayudantes para ordenar a Valencia que "se retirara como pudiera en la misma noche"; mas Valencia no quiso oír siquiera la intimación, quejándose de que "lo habían abandonado". A las 6 y media de la mañana del 20, el enemigo, con casi todas sus fuerzas, inició el ataque y logró en 17 minutos una completa victoria envolviendo a las mexicanas.³⁵

Los aciertos, errores y faltas de Valencia impidieron a Scott realizar su plan —de atacar la línea meridional mexicana con una ofensiva falsa por su frente de San Antonio y un movimiento envolvente por su flanco derecho— y repetir la acción de Cerro Gordo o, si se quiere, la misma de Padierna en gran escala. Todavía inmediatamente después de Padierna, dió Scott, en Coyoacán, sus órdenes en el sentido dicho. Pero ya para entonces las fuerzas mexicanas de San Antonio y Xotepingo se retiraban hacia Churubusco y México, de lo que resultó un combate en *Churubusco* (20 ag.) entre las tropas concentradas de las dos naciones. Las mexicanas llegaban aproximadamente a la mitad —9,000 hombres— de las que se habían reunido para la defensa de la Capital, y estaban formadas por las fuerzas del Convento y Puente de Churubusco, por las que se retiraron de San Ángel con Santa Anna y, sin duda, por parte de las que, retirándose de la Hacienda de San Antonio y Xotepingo hacia México, fueron alcanzadas por la división de Worth. Ésta y las de Twiggs, Pillow y Quitman —casi todas completas y alcanzando un efectivo total de 8,000 hombres—, fueron las desplegadas por Scott en Churubusco. El combate se libró en tres puntos: el Puente, Portales y el Convento de San Mateo, que sucumbieron en ese orden gloriosamente; fué uno de los más sangrientos de toda la guerra y terminó siendo rechazadas y escarmentadas las avanzadas enemigas en los parapetos de San Antonio Abad. Las bajas mexicanas en las acciones de Padierna y Churubusco fueron muy considerables: unos 6,000 hombres o sea el 33 % del Ejército del Valle de México. Las estado-

unidenses: 1,074 (137 m., 897 h. y 40 d.) o sea el 10 % de sus tropas.³⁶

La victoria del 20 de agosto permitió al enemigo avanzar hasta Tacubaya, pero un armisticio suspendió las operaciones militares hasta el 7 de septiembre. Terminado el armisticio, empezaba Scott a meditar su plan para el ataque de la Capital, cuando el dicho día 7 de septiembre vió desde la azotea del Arzobispado, en Tacubaya, un gran movimiento de tropas mexicanas en los alrededores de Chapultepec; lo interpretó como emprendido para defender "la fundición de cañones que había en el Molino del Rey" y decidió apoderarse de ese punto para destruir la fundición de cañones. No existía tal fundición de cañones y el movimiento de las tropas mexicanas había sido provocado por el de las de Scott en Tacubaya. Por eso formó Santa Anna el 7 de septiembre una buena línea defensiva en la Casa Mata y el Molino del Rey, que, a pesar de los reconocimientos practicados por el enemigo durante el día, debilitó y desarticuló al anoecer, retirando varios regimientos y enviándolos a las garitas del Sur, que creía en mayor peligro. Amaneció el 8 de septiembre y el enemigo se lanzó contra el *Molino del Rey* y la Casa Mata. Al notarlo, acudió desde Chapultepec en auxilio de sus guarniciones —comandadas respectivamente por los generales Antonio León y Francisco Pérez— el teniente coronel Miguel M. de Echeagaray, con 700 hombres, y dió una vigorosa carga al enemigo hasta quitarle los cañones de que se había apoderado. La acción, sin embargo, quedó a favor de los asaltantes; pero —como dice Hitchcock— fué una victoria como las de Pirro, que les costó un 23 % de su efectivo (3,447 hombres): 116 muertos, 356 heridos y 18 dispersos (total: 490 bajas). Las mexicanas debieron de ser proporcionales y con relación a los 4,000 hombres escasos que sostuvieron esta batalla.³⁷

Después de muchos reconocimientos en las líneas mexicanas del Sur y del Poniente, determinó Scott, en junta de guerra (11 sep.), hacer el asalto de la Capital por Chapultepec, encubriéndolo con un poderoso ataque sobre la garita de San Antonio Abad. El 12 preparó el asalto de *Chapultepec* con un continuo e intenso bombardeo de artillería, que hizo grandes estragos en los edificios del cerro y desmoralizó a su guarnición de infantería, que no pudiendo disparar sus armas por-

que no tenía enemigos a su alcance, era simplemente blanco de los lejanos cañones de Scott. El 13 se empezó con nuevo bombardeo hasta las ocho de la mañana, en que se emprendió el asalto. Iban a darlo las 4 divisiones del Ejército invasor con excepción de 1 brigada de la división de Twiggs (la Riley), que quedaría amagando las garitas meridionales: esto es, la división Pillow, reforzada por la Worth, desde el Molino del Rey contra el Poniente de Chapultepec; y la división Quitman, reforzada por la otra brigada de la división de Twiggs (la Smith), desde la calzada de Tacubaya contra el Sur del cerro. Sumaban en total, según el parte de Scott, 7,180 hombres.

Contra estas fuerzas tenía en Chapultepec el general Bravo, comandante del punto, la noche del 12 de septiembre, sólo 832 hombres: 80 en la barda Norte del bosque, 215 en la trinchera Poniente y barda Sur, 294 en otros puntos fortificados del Sur (rampa del Castillo y hornabeque de la calzada de Tacubaya) y 243 en la fortaleza. Para reforzar a esta pequeña guarnición llevó Santa Anna al pie del cerro, entre las calzadas de la Verónica y Chapultepec, 2,450 hombres de las brigadas Rangel y Ramírez. Y había, además, en la Hacienda de los Morales, 3,000 hombres de Alvarez, que no participaron en la acción.

El asalto fué hecho simultáneamente por las divisiones Pillow y Quitman contra el Poniente y el Sur, pero una y otra fueron detenidas por la vigorosa resistencia de los hasta poco antes desmoralizados soldados mexicanos. Pillow, que atacó el punto más débil y que no recibió refuerzos, logró vencerla el primero, aunque a grande costa y siendo él mismo herido: así llegaron sus hombres hasta el castillo, cuyas puertas encontraron interceptadas con cadáveres de los defensores. Quitman tuvo que luchar no sólo contra la guarnición de Chapultepec, sino contra el batallón de San Blas, que heroicamente cayó disputándole al enemigo la glorieta, y contra los demás cuerpos de la brigada Rangel, que envió Santa Anna como refuerzo: algunos de sus hombres lograron llegar a la cumbre al mismo tiempo que los de Pillow, y uno de ellos hizo prisionero al general Bravo, que había clavado su espada en el suelo para no entregarla al vencedor, junto a una trinchera de la altura por el lado del Poniente. Los alumnos del

Colegio Militar cerraron la acción con un epílogo de gloria, sucumbiendo en la lucha seis de ellos, saliendo heridos cuatro y quedando prisioneros los demás, en número de treinta y siete.

Caído el castillo, las fuerzas de Rangel, que abajo continuaban aún el combate, se retiraron a las garitas de la Capital, donde se defendieron heroica e inútilmente. Quitman tomó la de Belén y Worth la de San Cosme (13 sept.). Santa Anna reunió en la Ciudadela consejo de guerra y resolvió abandonar la ciudad y proseguir la guerra fuera de ella. El ejército mexicano se puso en marcha a la una de la mañana del 14 de septiembre y una comisión del Ayuntamiento salió a pedir garantías al vencedor. Las jornadas del 12 al 14 de septiembre le costaron a éste 862 bajas (130 m., 703 h. y 29 d.), y todas las del Valle de México 2,703, o sea un 25 % de sus efectivos.³⁸

Las últimas acciones de esta campaña fueron los frustrados intentos de Santa Anna contra Puebla (21 sept.—1º oct.) y contra un convoy fuertemente custodiado, en Huamantla (9 oct.). Estos fracasos significaron ya la impotencia de México para proseguir la guerra: la desmoralización y la absoluta falta de recursos provocaron una escandalosa desertión en el ejército de Santa Anna (oct.), de modo que en diciembre apenas le quedaban al Gobierno unos 4,000 hombres, con los que trataba de reorganizar dos ejércitos de operaciones y uno de reserva.³⁹

Operaciones navales (mayo 1846—en. 1848). Coadyuvaron a las campañas terrestres mediante la ocupación militar de varios puertos y regiones, hicieron el bloqueo de las dos costas mexicanas y procuraron apoderarse de la pequeña marina de México. Los intentos de éste para desencadenar una ofensiva de corso desde las posesiones inglesas y españolas no tuvieron resultado. Y la marina de los Estados Unidos logró, en general, cuanto se había propuesto.

En *la costa del Golfo* se estableció el bloqueo en mayo de 1846. *Alvarado* fué atacado, sin éxito, dos veces (7 ag. y 15 oct. 1846). *San Juan Bautista*, también dos (25-6 oct. 1846 y 15 jun. 1847), siendo los invasores rechazados la primera y conservando la plaza por 35 días la segunda, hasta que constantemente tiroteados por las fuerzas mexicanas tuvieron que evacuarla (20 jul. 1847). *Frontera* (23 oct.), *Tampico* (15 nov. 1846), *Veracruz* (29 mar. 1847), *Tuxpan* (18 abr.) y

Ciudad del Carmen (mayo), quedaron en su poder. En *la costa del Pacífico*, después de las operaciones contra la Alta California (jul.-dic. 1846), fueron emprendidas: las de la Baja California, cuyos puertos de *San José*, *San Lucas*, *La Paz* y *Mulegé* fueron ocupados (mar. 1847); las de *Guaymas* (16-20 oct.), *Mazatlán* (11 nov.), *San Blas* (en. 1848) y *Manzanillo* (17 en.), todos los cuales puertos, excepto los dos últimos, permanecieron en poder de los invasores hasta el fin de la guerra.⁴⁰

Las *guerrillas*, por su acción pertinaz y destructora, hicieron concebir a algunos grandes esperanzas; pero carecieron de la necesaria unificación y, aunque infirieron graves daños al enemigo, resultaron también nocivas para los mexicanos. Operaron en todas las regiones invadidas, desde la Alta California y Nuevo México hasta Sinaloa y Veracruz. En la Baja California tuvieron sitiados los puertos de *San José* (19-21 nov. 1847) y *La Paz* (16 nov.-8 dic.), y en Mazatlán hostigaron constantemente a los detentadores del puerto. Al Nordeste—Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila—había varios jefes de guerrillas, pero el más importante fué *el general Urrea*, que se hizo temible por sus ataques a los convoyes (Agua Negra, 24 feb. 1847 y . . . 6 mar.) y alarmó tanto al coronel Curtis, jefe en Camargo, que éste pidió a Wáshington le enviaran 150,000 voluntarios! En *la región oriental* los más célebres fueron: el general Joaquín Rea, que cooperó con Santa Anna en el sitio de Puebla (sept.-oct. 1847), los padres españoles Celedonio Domeco de Jarauta y José Antonio Martínez y D. Juan Clímaco Rebollo, quienes asaltaron a muchos convoyes del enemigo (mayo 1847-marzo 1848). Éste levantó también sus guerrillas, en las que fueron muy temidos Walker, Wynkoop y Hay: este último iba al frente de un regimiento que seleccionó el presidente Polk. Scott organizó también una contraguerrilla mexicana, en la que hizo entrar a los criminales de la cárcel de Puebla y en la que fueron jefes un tal Domínguez y un Pedro Arias.⁴¹

En las operaciones anteriores puede incluirse una victoria ganada en las riberas del río *Calabozo* (afluente del Temporal, Ver.: 12 jul. 1847), por el general Francisco de Garay con 150 hombres de las milicias de la Huasteca a 126 soldados enemigos, venidos de Tampico a libertar a 200 prisioneros

de su país que tenía en Huejutla el general Garay por órdenes del Gobierno. Garay puso en lugar seguro a los prisioneros y luego se emboscó en las orillas del Calabozo, donde derrotó por completo a sus contrarios, haciéndoles 12 muertos, 7 heridos y 15 prisioneros.⁴²

La Paz. Negociaciones secretas: Mackenzie, Atocha, Beach (jun. 1846—febr. 1847). Negociaciones oficiales: Trist, Sevier, Clifford (abr. 1847—mayo 1848). Tratado de Paz (2 feb. 1848).—Tanto como la guerra, el presidente Polk preparó las negociaciones de paz, en que había de recoger el codiciado fruto de aquélla. Empezó negociaciones secretas y negociaciones públicas y oficiales. Las secretas, poco recomendables, fracasaron. Las públicas hubieran corrido la misma suerte sin la decidida actitud del comisionado Trist, que concluyó el Tratado de Paz estando ya desautorizado por su Gobierno.

Las principales *negociaciones secretas* tuvieron por objeto comprometer a Santa Anna a la cesión de las provincias septentrionales de México. En ellas figuran como intermediarios Atocha y Mackenzie. Hubo además alguna otra, para intrigar entre el clero mexicano, confiada al periodista Beach.

Para orientarse en las negociaciones de paz, mucho le sirvieron al presidente Polk unas entrevistas que, antes del comienzo de la guerra (13 y 17 feb. 1846), tuvo con *Alejandro A. Atocha*, coronel español, naturalizado en los Estados Unidos. Atocha, que había vivido en México y tenido cierta intimidación con Santa Anna, informó a Polk que Santa Anna, desterrado en la Habana, estaba en constante comunicación con sus amigos de México, había aprobado la revolución de Paredes y podría recobrar en breve la presidencia; y que se hallaba dispuesto a ceder, mediante tratado y por \$30,000,000, el territorio mexicano al Este del Bravo y al Norte de la bahía de San Francisco; pero que ningún arreglo podría celebrarse si no se preparaba antes la opinión pública mexicana con una imponente demostración de fuerza por los Estados Unidos, en mar y tierra; que Santa Anna y Paredes necesitaban inmediatamente dinero, y que con \$ 500,000 de contado podrían hacer el tratado y sostenerse por unos meses, mientras se pagaba el resto. "Atocha —anotó Polk en su Diario— no dijo que Santa Anna lo hubiese enviado a sostener esta conversación conmigo, pero yo sí lo creo probable."⁴³

Nada, sin embargo, hizo Polk hasta después de comenzada la guerra. Entonces envió secretamente a la Habana al comandante *Alejandro Slidell Mackenzie* (sobrino del ministro Slidell) para que viera a Santa Anna y lo sondeara. El 7 de julio (1846) fué la entrevista, y en ella le dijo Mackenzie a Santa Anna que el presidente Polk deseaba la caída de Paredes, cuyo despotismo militar se había levantado fomentando la hostilidad contra los Estados Unidos; que vería con gusto la restauración de Santa Anna (cuya entrada en México sería permitida por la escuadra que bloqueaba a Veracruz, según las órdenes que se le habían dado), y que consentiría en la suspensión de las hostilidades en tierra, con tal que Santa Anna declarase su buena disposición para recibir un plenipotenciario de los Estados Unidos, el cual haría proposiciones liberales y en dinero contante (*in ready money*) para el establecimiento de una nueva frontera. Santa Anna—según Mackenzie—se mostró favorable a la propuesta, y aun aconsejó un plan militar para las operaciones de Taylor, que Mackenzie comunicó a éste sin tardanza. Tiempo después, sin embargo, desmintió Santa Anna todas las declaraciones que Mackenzie le atribuía, asegurando que sólo había tenido una conversación, mediante intérprete y en presencia de Almonte, con el cónsul de los Estados Unidos, en la que había dicho que defendería a su patria, cualquiera que fuese el resultado.⁴⁴ Polk, por su parte, se disgustó mucho de que Mackenzie hubiese leído “como mensaje del presidente” las notas que había tomado sobre lo que tenía que decir a Santa Anna. Y puso mucho cuidado en que el informe confidencial de aquél sobre su entrevista con Santa Anna no llegase a conocimiento del Congreso, en cuyos archivos tampoco fué colocado ese documento.⁴⁵

El 3 de agosto recibió Polk el informe de Mackenzie, y al día siguiente envió al Senado un mensaje secreto, pidiéndole que aprobase una partida para los gastos que fuesen menester en la negociación de la paz y de los nuevos límites con México, pues podría suceder que México no quisiera esperar a que el tratado estuviese ratificado y exigiera un anticipo de lo que habría de recibir por los territorios que cediese a los Estados Unidos: había dos precedentes, los decretos del Congreso de 26 de febrero de 1803 y 13 de febrero de 1806 para obtener respectivamente la Luisiana y las Floridas; el nuevo decreto no

debía especificar su verdadero objeto. Tuvo el asunto que pasar también por la Cámara de Representantes y hacerse público, tropezó con varias dificultades y fué al fin aprobado el 2 y 3 de marzo de 1847, decretándose \$3.000,000 “para habilitar al presidente para que negociara un tratado de paz y límites con la República de México” (“*to enable the president to conclude a treaty of peace, limits and boundaries with the Republic of Mexico*”).⁴⁶

La estudiada redacción del decreto y las condiciones que ponía para el empleo de los tres millones —que el tratado exigiera esa suma en todo o en parte; que el pago se hiciera cuando el tratado estuviese firmado por los plenipotenciarios de los dos países y ratificado por México; y que el presidente diera cabal y minuciosa cuenta de lo que hubiese gastado— no pudieron evitar la maliciosa interpretación sobre el objeto a que se destinaban: el soborno. La especie corrió mucho en México y contribuyó a aumentar las discordias y las desconfianzas. Thornton, agregado de la Legación Británica, le hizo notar a Trist los malos efectos que el decreto de los tres millones había tenido acá, “pues se creía generalmente que esa suma se había destinado a sobornar a ciertos miembros del Gobierno”.⁴⁷ Los acusados en la versión popular eran: Santa Anna naturalmente, Rejón y varios diputados.⁴⁸ Parece, sin embargo, que ningún mexicano se dejó sobornar y que los tres millones quedaron intactos, como se verá por todo lo que sigue.

El 27 de julio (1846) envió Buchanan una nota al Secretario de Relaciones mexicano, proponiéndole enviar un ministro plenipotenciario que concertase un tratado de paz y arreglase todas las cuestiones pendientes. La nota le tocó contestarla al nuevo gobierno, santannista, de Salas, y al secretario de Relaciones Rejón, el cual se contentó con responder (31 mayo), que aquélla sería sometida al Congreso en su próxima sesión.

A principios de 1847 se presentó el coronel *Atocha* nuevamente en Washington, donde fué recibido por Buchanan. Traía cartas que le habían dirigido Santa Anna, Almonte y Rejón, que ponían de manifiesto la confianza que éstos le tenían y que su viaje se debía a instancias de ellos. *Atocha* indicó que las condiciones de paz, por parte de México, eran: el Bravo como límite, una faja de territorio neutral entre ese río

y el Nueces, quince o veinte millones por California y la suspensión del bloqueo de Veracruz.⁴⁹ Segunda nota envió entonces (16 en.) Buchanan con Atocha al Gobierno Mexicano, ofreciéndole “una paz ventajosa para los dos países” y el envío de uno o más plenipotenciarios a la Habana o a Jalapa, según se prefiriera en México. El 13 de febrero llegó Atocha a la Capital, entregó la nota de Buchanan y declaró, además, que entendía que las condiciones de paz, por parte de los Estados Unidos, eran: el paralelo 26 como frontera desde la boca del Bravo, y quince millones por el territorio que cediera México. El Secretario de Relaciones Ortiz Monasterio contestó el día 22 diciendo que el vicepresidente Gómez Farías accedería a un arreglo, si quedaban a salvo la independencia y la integridad territorial de México, y que no podría nombrar plenipotenciarios mientras subsistiesen el bloqueo de los puertos y la ocupación militar del territorio mexicano.⁵⁰

El tercer enviado de los Estados Unidos, *Moses Y. Beach*, director del *New York Sun*, estuvo en la ciudad de México dos meses (23 ó 24 en.—22 ó 23 mar. 1847), como informante y agente confidencial, conciliador, de su gobierno—según sus instrucciones escritas—; o, más propiamente, como intrigante cerca del clero mexicano, cuya confianza—escribe él mismo—tenía que ganarse.⁵¹ Gloriábase luego de haberse granjeado la amistad de Gómez Farías y su partido, y pretendía haber convencido a “los influyentes obispos de Puebla, Guadalupe y Michoacán”, mediante el Superior de los Paúles, de “rehusar toda ayuda, directa o indirecta, para la continuación de la guerra”; más aún, que, a sus instancias, los citados obispos “consintieron” en organizar la resistencia contra la ley de bienes eclesiásticos, y que “en el momento” en que Scott desembarcaba en Veracruz, levantaron “en su favor” el estandarte de la guerra civil en la Capital, Puebla y, en cierto grado, en Michoacán. Tales éxitos no se hallan, sin embargo, confirmados en las fuentes históricas contemporáneas, pues la revolución de los polkos no se debió al clero, y éste siguió ayudando al Gobierno Nacional para los gastos de la guerra.⁵²

Las *negociaciones públicas* tuvieron tres etapas: una—parcialmente secreta— en Puebla, y las otras dos en México, antes y después de la toma de esta ciudad.

A pesar de la nuevamente desalentadora respuesta del

Gobierno Mexicano, de 22 de febrero, Polk, reanimado con las noticias de las victorias de su ejército en la Angostura y Veracruz, decidió (10 abr. 1847) enviar a México un plenipotenciario que, acompañando a Scott, estuviese listo en el campo mismo de las operaciones militares para recibir cualquiera propuesta mexicana de paz. La designación del plenipotenciario fué dificultosa, pues temía Polk dejar muchos descontentos si la hacía entre los miembros prominentes de su partido, y, al fin, aconsejado por Buchanan, se resolvió por el oficial mayor del Departamento de Estado Nicolás P. Trist. El 15 de abril se le dieron a éste sus instrucciones, un proyecto de tratado de paz, una nota de Buchanan para el Gobierno Mexicano (que Scott debía hacer llegar a su destino) y unas comunicaciones de los Secretarios de la Guerra y de la Marina para Scott y Perry. La misión de Trist debía guardarse en el mayor secreto, pero la prensa de la oposición informó en seguida sobre ella con bastante exactitud y pormenor, dándole a Polk un disgusto “como nunca lo había tenido desde que era presidente”, pues “México podía desistir de hacer la paz con la esperanza de que “sus amigos” los whigs ganasen las próximas elecciones”.⁵³

El 6 de mayo llegó Trist a Veracruz, e inmediatamente participó a Scott, que estaba en Jalapa, su misión y llegada; pero su carta fué tan concisa, que Scott, no sabiendo bien de qué se trataba, se irritó sobremanera considerándose pospuesto y humillado, no quiso hablar con Trist (estuvieron juntos desde el 14 de mayo en Jalapa y luego en Puebla) y se rehusó a enviar a México la nota de Buchanan; de modo que Trist hubo de remitirla por medio de la Legación Británica. El encargado de recogerla fué el agregado de la Legación Edward Thornton (10 jun.), el cual no sólo cumplió bien su cometido, sino que sirvió para la reconciliación de Trist y Scott (26 jun.). El secretario de Relaciones, Domingo Ibarra, contestó el 22 de junio, prometiendo que el Gobierno estudiaría pronto la nota por medio del Congreso, que se procuraría reunir cuanto antes.

Al mismo tiempo se intentaba el cohecho. “El ministro inglés [Carlos Bankhead]—dice Hitchcock, inspector general y confidente de Scott (268)—está empeñado en hacer la paz. Opina que el cohecho es necesario. Del mismo parecer dicen que es el ministro de España [Salvador Bermúdez de Castro]. Nues-

tros agentes en este negocio son ingleses.” Estos agentes —de lo que el principal parece haber sido el cónsul Mackintosh—⁵⁴ dijeron a Trist que se podría llegar a un acuerdo sobre las condiciones de paz, si se daba a Santa Anna un millón de pesos al firmarse el tratado y diez mil, a cuenta, inmediatamente. El millón debía ser un pago secreto, no incluido en el texto del tratado, y los diez mil pesos se entendía que servirían para vencer las resistencias del Congreso. El 16 de julio, Scott, después de informar a sus principales generales de estas secretas cuestiones —que Pillow, íntimo de Polk, aprobó con calor y Twiggs aceptó, mientras que Quitman y Shields disientan y Cadwalader no decía nada—, dió los diez mil pesos, de acuerdo con Trist, a un alto funcionario, tomándolos del dinero que tenía para servicios secretos y cargándolos a la partida de “información y servicios prestados voluntariamente”. Prosiguiendo luego las comunicaciones entre Trist y los agentes de Santa Anna, manifestaron éstos que Santa Anna se mostraba renuente a llevar adelante lo convenido y que no se podrían emprender las negociaciones hasta que el ejército de Scott estuviese cerca de la Capital. En respuesta, Scott hizo dar a Santa Anna un memorándum, según el cual avanzaría hacia México, derrotaría al enemigo si le daba batalla, o tomaría ante él una fuerte posición y entonces, si podía contener a sus tropas, se detendría delante de la ciudad para facilitar a los de ésta su salvación haciendo la paz.

Estas secretas negociaciones las hicieron públicas los periódicos estadounidenses a fines de 1847, y al conocerlas por este conducto Buchanan y Marcy, escribieron a Trist y Scott reprendiéndolos severamente. Más aún, en marzo de 1848 ordenó Marcy una investigación, pero ésta “no condujo a nada, ya que Trist y Scott no habían de embrollar en ella a la Legación Británica”. El extrañamiento de Buchanan porque Trist no hubiese “aludido en su correspondencia a las tentativas de comprar la paz a Santa Anna”,⁵⁵ fué probablemente de valor entendido, pues Trist hace alusiones a ellas, sobre todo en la parte cifrada, en las cartas de 31 de julio y de 14, 22 y 24 de agosto de 1847.⁵⁶ Trist, además, estaba autorizado “para facilitar el tratado” girando dinero sobre los tres millones decretados por el Congreso, y de ellos, según Hitchcock, iba a tomarse el millón prometido a Santa Anna.⁵⁷

Nada consiguieron Trist y Scott con estos manejos. Santa Anna y el Congreso Mexicano procuraron dejar, el uno al otro, la responsabilidad de las negociaciones de paz, y todas las ventajas fueron para Santa Anna, que engañó al enemigo con “uno de los ardidés y travesuras a que tan inclinado era en su juventud”, y tuvo así elementos y tiempo para preparar la defensa de la Capital. El indecoroso procedimiento, sin embargo, “extendió sus manchas sobre la nación misma, por más que el enemigo haya al cabo comprendido los verdaderos fines de la negociación y lo tupido de la red que se le tendió”.⁵⁸

El 12 de enero de 1848 intentó aún Atocha, escribiéndole a Buchanan, conseguir dinero de éste para sobornar al Congreso Mexicano e inducirlo a que ratificara el Tratado de Paz. Polk se mostró indignado.⁵⁹

Inmediatamente después de la batalla de Churubusco (20 ag. noche), decidió Santa Anna, en junta de ministros y de personas notables, pedir una tregua al enemigo. Los consabidos agentes ingleses —Thornton y Mackintosh— fueron esa misma noche al campamento de Scott en Tlalpan y prepararon el terreno, y al día siguiente (21 ag.) se presentó el general Mora y Villamil ante Scott y Trist, en Coyoacán, a solicitarla. Mas, no queriendo las autoridades mexicanas aparecer como iniciadoras, el Secretario de Relaciones José Ramón Pacheco dió a la nota que llevó Mora y Villamil el carácter de respuesta a la de Buchanan, de 15 de abril; y, en ese supuesto, decía en ella que el presidente Santa Anna había resuelto oír las proposiciones que el comisionado Trist estaba encargado de hacer y que se prestaría a abrir preliminares de paz, con tal de que las proposiciones dejaran cubierto el honor de la República Mexicana y de que no pasase de un año el término dentro del cual se celebrase el tratado. Trist y Scott, rechazando “los términos”, aceptaron la proposición mexicana, a la que dió respuesta Scott, no dándole el carácter de respuesta sino de iniciativa propia suya. “Demasiada sangre se ha vertido ya —escribió en seguida a Santa Anna— en esta guerra desnaturalizada entre las dos grandes repúblicas de este Continente. . . Para facilitar que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar en términos razonables un corto armisticio.” El siguiente día (22 ag.), los jefes de ambos ejércitos nombraron comisionados que lo concertasen, el 23 lo firmaron éstos en la

casa de Mackintosh en Tacubaya, y el 24 entró en vigor el armisticio.

Para los preliminares del Tratado de Paz se designaron distintos comisionados, que, de parte de México, fueron: el general José Joaquín Herrera, el Lic. J. Bernardo Couto, el general Ignacio Mora y Villamil y el Lic. Miguel Atristáin, los cuales tenían por intérprete y secretario al Lic. J. Miguel Arroyo. Después de dos conferencias previas en Azcapotzalco (27 y 28 ag.), los comisionados se reunieron por tres veces (1, 2 y 6 sept.) en la casa de Alfaro, en la Calzada de Chapultepec. Trist presentó el 28 de agosto su proyecto de tratado, cuyos puntos esenciales eran: la cesión, por parte de México, de las dos Californias y de Nuevo México (art. 4), y la concesión a los Estados Unidos de libre tránsito por el istmo de Tehuantepec (art. 8). En compensación, los Estados Unidos renunciarían a toda indemnización pecuniaria por los gastos de la guerra, tomarían a su cargo las reclamaciones de sus súbditos contra México y darían la cantidad que se estipulase (arts. 5-7). Los comisionados mexicanos, cuyos poderes hubieron de ser ampliados, pues los iniciales se reducían absurdamente a recibir y transmitir las proposiciones de Trist, después de prolijas discusiones (1 y 2 sept.), rechazaron como absolutamente inadmisibles la cesión de la Baja California y el tránsito por Tehuantepec; admitieron, ante la intransigencia del comisionado enemigo, la cesión de la Alta California y Nuevo México; y exigieron a su vez que el Nueces quedase como límite de Texas y que el territorio entre ese río y el Bravo se constituyese en zona neutral. Tales fueron las conclusiones convenidas por los comisionados de los dos países (2 sept.), de las cuales Trist debía consultar a su Gobierno sobre las relativas al Nueces y a la zona neutral, mientras que los mexicanos debían someterlas íntegras a la resolución del Gobierno Nacional.

Éste consideró excesivas las concesiones de sus comisionados e hizo que éstos presentasen un contraproyecto de tratado, que las reducía a la cesión de Texas y de la parte septentrional de la Alta California hasta el paralelo 37. El contraproyecto anotaba que, "no modificándose esa proposición [la relativa a la cesión de territorio] bajo el derecho reconocido a México de deliberar y el carácter de negocio de las pretensiones de los Estados Unidos, no deja su comisionado otro arbitrio al

gobierno mexicano que el que sugiere el honor, y él es el que cierra la puerta a toda posibilidad de hacer la paz". Trist declaró inadmisibile el contraproyecto y rotas las negociaciones (6 sept.).

Muy importantes observaciones hicieron a propósito de ellas, así el Gobierno Mexicano en el contraproyecto, como Trist en su carta a Buchanan de 4 de septiembre. Las *observaciones mexicanas*, redactadas por Couto, exponen luminosamente el estado jurídico de la cuestión en forma que desarma al enemigo en ese terreno. "La guerra que hoy existe —dicen— se ha empeñado únicamente por razón del territorio del Estado de Tejas, sobre el cual la República de Norteamérica presenta como título el acta del mismo Estado en que se agregó a la confederación norteamericana, después de haber proclamando su independencia de México. Prestándose la República Mexicana (como hemos manifestado a V. E. que se presta) a consentir, mediante la debida indemnización, en las pretensiones del gobierno de Washington sobre el territorio de Tejas, ha desaparecido la causa de la guerra, y ésta debe cesar, puesto que falta todo título para continuarla. Sobre los demás territorios comprendidos en el artículo 4º del proyecto de V. E., ningún derecho se ha alegado hasta ahora por la República de Norteamérica, ni creemos posible que se alegue alguno. Ella, pues, no podría adquirirlos sino por título de conquista o por el que resultara de la cesión y venta que ahora le hiciese México. Mas como estamos persuadidos de que la República de Washington, no sólo repelerá absolutamente, sino que tendrá en odio el primero de estos títulos; y como, por otra parte, fuera cosa nueva y contraria a todo espíritu de justicia el que se hiciese guerra a un pueblo por la sola razón de negarse él a vender el territorio que un vecino suyo pretendiese comprarle, nosotros esperamos de la justicia del gobierno y pueblo de Norteamérica, que las amplias modificaciones que tenemos que proponer a las cesiones de territorio (fuera de el del Estado de Tejas) que se pretende en el citado artículo 4º, no serán motivo para que se insista en una guerra que el digno general de las tropas norteamericanas justamente ha calificado de desnaturalizada".⁶⁰

Las *observaciones de Trist* hacen honor así a los comisionados mexicanos como al gobierno de Santa Anna y, precisa-

mente, con relación a las ofertas pecuniarias. De los comisionados dice Trist: "no se había presentado una ocasión propicia [para mencionar la indemnización pecuniaria por los territorios que México cediese], y ahora, por el giro que ha tomado el asunto, no podría yo, sin manifestar falta de delicadeza y sin la certeza de lastimarlos u ofenderlos en su orgullo nacional, tratar de eso como si fuera calculado para ejercer sobre ellos una influencia preponderante, consideración a la que ellos era evidente que no daban importancia, comparada con otras".⁶¹ Y del gobierno de Santa Anna asegura que, habiéndole manifestado la más alta suma que estaba autorizado a ofrecer, la oferta produjo gran efecto en el intermediario (Mackintosh), pero no en Santa Anna: "mi esperanza resultó fallida. . . Apurado como estaba el Gobierno por falta de recursos y siendo indispensable, como lo es, que reciba algún dinero para sostenerse, la suma no es de ninguna manera su primera consideración. El gran objeto de los que se arriesgan a comprometerse afiliándose entre los amigos de la paz, es reducir lo más posible la extensión de que México tendrá que privarse".⁶²

El fracaso de las negociaciones bastaba para reanudar las hostilidades. Scott, sin embargo, no adujo esa razón para reanudarlas, sino la de que los mexicanos habían violado de muchas maneras el armisticio. Santa Anna le respondió con vehemencia negándolo y reprochándole las que ellos "de veras" habían cometido. Smith (II 399 n. 18) y Roa Bárcena (II 354) —por no multiplicar las citas— admiten que hubo violaciones por una y otra parte.

La *conclusión del Tratado* fué, curiosamente —providencialmente—, *obra de las circunstancias*, que forzaron a Trist a concluirlo en desobediencia de sus últimas instrucciones y conforme a las primeras, e hicieron a Polk conformarse, a su pesar, con los hechos consumados. Así se llegó a un tratado menos desfavorable para México.

Considerando propicias las circunstancias, intentó Trist reanudar las negociaciones de paz enviando con ese objeto una nota a D. Luis de la Rosa, secretario de Relaciones del Gobierno provisional mexicano (20 oct. 1847). Rosa le contestó el 31 anunciándole que dentro de "pocos días" se nom-

brarían los comisionados. Mas como se esperaba pronto la elección del presidente interino por el Congreso y ésta no tuvo lugar hasta el 11 de noviembre, los comisionados no fueron nombrados hasta el 22 de este mes, en que el nuevo secretario de Relaciones, D. Manuel de la Peña y Peña, lo comunicó oficialmente a Trist. Los comisionados eran: D. Bernardo Couto y D. Miguel Atristáin, que ya lo habían sido en septiembre, D. Luis G. Cuevas y el general D. Manuel Rincón. Este último rehusó el cargo y no fué reemplazado.⁶³

Mas ya para esa fecha Trist había recibido de su Gobierno su carta de retiro. En efecto, el presidente Polk, muy disgustado así por el armisticio de septiembre —que reputaba conseguido por los mexicanos para rehacerse de sus pérdidas y ganar tiempo— como porque Trist hubiese siquiera tomado en consideración, *ad referendum*, la frontera del Nueces en vez de la del Bravo, apenas tuvo las primeras e indirectas noticias de esto, resolvió (4 oct.) mandar retirar a Trist, al que se le envió (6 oct.) su carta de retiro. Nueva carta, confirmando y urgiendo la anterior, hizo Polk que le mandaran el 25 siguiente, después de recibir los informes directos de Trist.⁶⁴ Mas las dos cartas no llegaron a México hasta el 16 de noviembre.

Trist procuró enterar de ello en seguida al Gobierno Mexicano, residente en Querétaro, enviándole —confidencialmente— esa noticia por medio del encargado de la Legación Británica, Thornton, que iba a salir para esa ciudad el día 17. El 22, dos horas después de su llegada, recibió Thornton en Querétaro la visita del secretario de Relaciones Peña y Peña, quien venía a traerle, para que la hiciese llegar a su destino, la nota de ese día a Trist en que informaba a éste del nombramiento de los comisionados mexicanos. Dióle Thornton a su vez la desconsoladora noticia de que era portador y Peña contestó que “le era imposible hacer otra cosa; que Mr. Trist, teniendo plenos poderes, había declarado estar dispuesto a reanudar las negociaciones, y que su oferta había sido aceptada y los comisionados nombrados”. Éstos, apoyados por Thornton, lograron el día 24 que Trist “reconociera y confesara el compromiso de su gobierno para continuar las negociaciones. . . una vez que la propuesta y la aceptación precedieron a la noticia de la revocación de poderes. . .”; y para el 3 de di-

ciembre obtuvieron que el mismo señor se mostrara “dispuesto a cargar con la responsabilidad de un tratado, que podría llevar a Washington, donde, a su juicio, sería aprobado por el Senado. . . El general Scott estaba conforme con este paso”.⁶⁵

Sin embargo, pasó un mes sin que empezaran las conferencias de los comisionados, debido principalmente a los escrúpulos constitucionales de D. Manuel de la Peña y Peña —secretario de Relaciones hasta el 8 de enero de 1848 y luego presidente, por segunda vez, de la República— acerca del nombramiento de los comisionados, cuyos poderes, creía, necesitaban de la aprobación del Congreso, que tardaría aún en reunirse. Además, quería el Gobierno Mexicano que antes de las conferencias se celebrase un armisticio, sin el cual no podrían tenerse aquéllas con desembarazo ni contarse con la opinión y apoyo de la representación nacional. Por último, esperaba el Gobierno poder contar con la mediación de Inglaterra en el Tratado, bien fuese como parte o como fiadora de sus estipulaciones, según gestionaba en Londres el Dr. Mora.

Para el 13 de diciembre se prescindió de la mediación de Inglaterra, excepto en cuanto a los “buenos oficios” que prestaría cuando fuesen menester, pues así lo manifestó en México el secretario de la Legación Británica Doyle, recién llegado de Londres. El armisticio, por terminantes declaraciones de Scott, no se haría hasta concluido el Tratado, pero en cambio no se proseguirían de hecho las hostilidades. Y respecto de la aprobación de los comisionados por el Congreso, Couto convenció a Peña de que no era necesaria, como lo demostraba la práctica seguida hasta entonces.⁶⁶

Las conferencias empezaron por fin el 2 de enero de 1848, y concluyeron hacia el 25 del mismo mes. Habiendo ya admitido los comisionados mexicanos, en septiembre, la cesión de Nuevo México y Alta California, las discusiones versaron principalmente sobre la determinación de la incierta *frontera meridional* de esas provincias y el monto de la *indemnización*. Ésta, que según las instrucciones de Buchanan podía haber llegado a los veinte millones de pesos, no quiso Trist que pasara de los dieciocho —tres de los cuales retendrían los Estados Unidos para indemnizar a sus súbditos de sus reclamaciones contra México—. Los comisionados mexicanos evitaron, conforme a sus instrucciones, ceder porción alguna de Sonora

o Chihuahua y consiguieron que la Baja California quedase unida por tierra a Sonora. El artículo 5º del Tratado, relativo a la nueva frontera, quedó en consecuencia de esta manera:

“La línea divisoria entre las dos Repúblicas comenzará en el Golfo de México, tres leguas fuera de tierra, frente a la desembocadura del Río Grande, llamado por otro nombre Río Bravo del Norte, o del más profundo de sus brazos, si en la desembocadura tuviere varios brazos: correrá por mitad de dicho río, siguiendo el canal más profundo donde tenga más de un canal, hasta el punto en que dicho río corta el lindero meridional de Nuevo México; continuará luego hacia Occidente por todo el lindero meridional (que corre al Norte del pueblo llamado Paso) hasta su término por el lado de Occidente; desde allí subirá la línea divisoria por el lindero Occidente de Nuevo México hasta donde este lindero esté cortado por el primer brazo del Río Gila; y si no está cortado por ningún brazo del Río Gila, entonces hasta el punto del mismo lindero occidental más cercano al tal brazo; continuará después por mitad de este brazo y del Río Gila hasta su confluencia con el Río Colorado; y desde la confluencia de ambos ríos, la línea divisoria, cortando el Colorado, seguirá el límite que separa la Alta de la Baja California hasta el Mar Pacífico.” 87

Terminada su labor, el 25 de enero despacharon los comisionados mexicanos un extraordinario a Querétaro para recabar sin demora la autorización del Gobierno para firmar el Tratado; pero el Gobierno no quiso darla aún si no se le aseguraba el primer pago inmediato de la indemnización, pues se hallaba muy temeroso de que los partidarios de la guerra se sublevaran al saber la conclusión del Tratado y no hubiese recursos con qué reprimirlos (Rosa a Couto, 27 enero). Entonces (29 en.), en nota oficial, declaró Trist rotas las negociaciones, pero al mismo tiempo le dijo confidencialmente a Doyle, para que lo transmitiera a los comisionados mexicanos, que retiraría la nota si podía firmarse el Tratado el 1º de febrero. Aquel mismo día (29 en.) enviaron nuevo extraordinario a Querétaro los comisionados mexicanos, y el 31, por fin, los autorizó el presidente para que firmasen. “La extrema escasez de recursos —decía el documento— a que el Gobierno se halla reducido; la probabilidad de que los Estados Unidos sean cada día más exigentes y exagerados en sus pre-

tensiones; el deber de salvar a toda costa la nacionalidad de México; la consideración de que el tratado, por gravoso que sea a la República por la fatalidad de las circunstancias, no contiene una sola condición que sea deshonrosa para México; el deber en que está el Gobierno de poner término a las calamidades que sufre el país y de desbaratar los proyectos de agregación a Norteamérica, que aparecen aun en la capital de la República; estas razones y otras muchas. . . estrechan al Excmo. Sr. Presidente Provisional a terminar las negociaciones, autorizando a VV., como los autoriza, para firmar el tratado con el menor gravamen posible para el país, atendidas las tristes circunstancias en que se halla.”⁶⁸ El mensajero que traía la autorización llegó a México en la noche del 1º de febrero, y el 2, a las seis de la tarde, se firmó en Guadalupe el Tratado de Paz. Los plenipotenciarios dieron luego gracias al Altísimo y a la Guadalupana en su santuario de dicha ciudad.

Con gran indignación recibió Polk (4 en. 1848) las primeras noticias de que Trist, desobedeciendo sus instrucciones, estaba celebrando en México el Tratado de Paz. Once días después le llegaba un despacho muy extenso de aquél, fechado a 6 de diciembre, en el que el comisionado explicaba su conducta y al mismo tiempo criticaba a su Gobierno en forma —comentó Polk— “desvergonzada, insultante para la Administración y aun personalmente ofensiva para el presidente”. Éste se hallaba entonces muy atareado con otros dos asuntos —el del cohecho intentado por Scott y Trist en Puebla y el de las desavenencias entre Scott y sus generales—, que creyó deber resolver primero: y así, para el 13 y 17 de enero mandó que se investigasen en proceso y que Scott fuese reemplazado por el general William O. Butler. Luego dispuso que Butler echase a Trist del cuartel general estadounidense y de México, y que informase al Gobierno Mexicano que Trist no tenía poderes para hacer el Tratado; mas la carta respectiva, por enfermedad del secretario de la Guerra Marcy, no pudo expedirse hasta el 26 de enero ni llegar a México antes de la firma del Tratado.

Desde octubre tenía Polk resuelto aumentar las demandas territoriales y así lo declaró en su mensaje anual de diciembre. El 2 de enero, conversando con Buchanan, le dijo a éste que se podría “aceptar” Nuevo México, las dos Californias, el

paso de Tehuantepec y el puerto de Tampico, pagando por todo ello una suma mucho menor de la que Trist había estado autorizado para ofrecer. Mas el presidente de los Estados Unidos tuvo que contentarse con lo obtenido por Trist. El 19 de febrero, un mensajero enviado por éste —el corresponsal del *Delta* de New Orleans, James L. Freaner— le llevó el Tratado, y el 23, después de discutirlo con su Gabinete, mandó ese documento al Senado, sin recomendarlo. Las razones que le movieron a no rechazar el Tratado obtenido por Trist fueron éstas, según su *Diario*: el Tratado estaba de acuerdo, en la cuestión principal de la nueva frontera, con las instrucciones dadas a Trist en abril; era dudoso que México accediese a mayores cesiones territoriales; y si él (Polk) rechazaba ese Tratado, celebrado conforme a sus propias condiciones, el Congreso no concedería ya ni hombres ni dinero para continuar la guerra, y el ejército tendría al fin que retirarse de México, perdiéndose todo lo ganado.

El 10 de marzo quedó aprobado el Tratado por 38 votos contra 14. Webster se mantuvo renuente proclamando una paz sin adquisiciones territoriales, no advirtiendo —como dice Van Holst⁶⁹— que tal política habría conducido a la prolongación de la guerra y a mayores adquisiciones territoriales. Hizo, sin embargo, el Senado varias modificaciones, cuya aceptación por México fueron enviados a negociar, con el carácter de plenipotenciarios, el senador Ambrose H. Sevier y el procurador general Nathan Clifford, este último como asociado al primero y con facultades para sustituirlo si aquél no se reponía de la enfermedad que le aquejó cuando estaba a punto de salir para México. Sevier se repuso pronto y llegó a su destino el 15 de abril, cuatro días después de Clifford.⁷⁰

Acá, la principal dificultad estuvo en la reunión del Congreso, cuyos miembros no fueron elegidos hasta el 24 de marzo, después de firmado el armisticio (5 y 9 marzo), y cuya sesión de apertura fué el 7 de mayo. Existían muchos partidos políticos —puros, moderados, santannistas y monarquistas— y dentro de ellos dos tendencias: pacifistas y belicosas. Los belicosos, a su vez, se subdividían según el objeto que se proponían conseguir con la prolongación de la guerra: la anexión total de México a los Estados Unidos —conforme la había insinuado Polk— o, al contrario, el agotamiento del enemigo

hasta obligarlo a retirarse. La primera de estas tendencias era exclusivamente propia de casi todos los puros. Empero la opinión general era la pacifista, representada por los moderados, quienes, por esto, ganaron las elecciones de diputados, senadores y presidente, mientras sus contrarios fracasaban en las insurrecciones que promovían en San Luis Potosí, Guanajuato, etc. Sometido el Tratado al Congreso, fué ratificado por los diputados el 19 de mayo (51 votos contra 35), y el 24 por los senadores (33 votos contra 3). El canje de las ratificaciones se verificó en Querétaro el 30 de mayo y días después hacían los plenipotenciarios de los Estados Unidos el primer pago de la indemnización. A mediados de mayo comenzó la retirada de las fuerzas enemigas, el 12 de junio evacuaron la Capital y el 30 de julio el puerto de Veracruz.⁷¹

La injusta guerra hizo perder a México más de la mitad de su territorio, es decir, 2.378,539.45 kilómetros cuadrados, dejándole sólo 2.040,235.30.

Los Estados Unidos formaron así, por la fuerza, su gran República Continental, que, por su desproporcionado poder en el Hemisferio, ha hecho imposible la igualdad jurídica efectiva de las Naciones Americanas.

NOTAS

- 1 MANNING VIII 523.
- 2 Memorándum de Trist, 22 en. 1848; MANNING VIII 1052.
- 3 RIVES II 138.
- 4 Parte del coronel Carrasco. Matamoros, 8 abr. 1846, en SÁNCH. LAM. IV 85.
- 5 Manifiesto de Paredes, 23 abr., en OLAVARRÍA 559.
- 6 ARRANGOIZ II 274.
- 7 SÁNCH. LAM. IV 95.
- 8 MANN. VIII 586.
- 9 RIVES I 689 y 692.
- 10 DUBLÁN Y LOZANO V 136. MANN. VIII 873.
- 11 OLAVARRÍA 560.
- 12 RIVES II 227-8 y 324-6. ROA BÁRCENA II 86-9. JAY 124-5. ESQUIVEL OBREGÓN IV 316-9.
- 13 Querétaro, 9 mayo 1848: Arch. Hist. Dipl. 31, p. 191.
- 14 *Ib.* 202.
- 15 BANCROFT V 2-29.
- 16 *Ib.* 101-90. RIVES II 173-89.
- 17 BANCROFT V 224-87.
- 18 *Ib.* 309.
- 19 *Ib.* 302-410.
- 20 Parte oficial de Price en Ex. Doc. 1, 39th. Cong. 1st. sess., 520.
- ROA BÁRCENA I 221-7. TWITCHELL: *The conquest of Santa Fe.*
- 21 RIVES II 203, 208, 212 y 290. RIPLEY I 299-305.
- 22 RIVES II 368-76. ROA BÁRCENA I 211-19. *Apuntes para la historia de la guerra...* 139-50.

- 23 RIVES II 579-82, 649. SMITH II 166 y 419. ROA BÁRCENA III 187-9.
 24 SÁNCHEZ LAMEGO IV 109-23. RIVES II 143-51.
 25 SÁNCHEZ LAMEGO IV 125-35. RIVES 152-7. 26 *Ib.* II 209-13.
 27 SÁNCHEZ LAMEGO IV 149-93. BALBONTÍN 9-52. RIVES II 245-79.
 28 RIVES 279-307, 343-5.
 29 RIVES II 337-67. RIPLEY I 378-444. ROA BÁRCENA I 127-209. BALBONTÍN 53-101. 30 RIVES II 376-90. ROA BÁRCENA I 259-325.
 31 RIVES II 390-417. SÁNCHEZ LAMEGO en la Mem. de la Ac. Nac. de Hist. y Geograf. 1947, núm. 4. ROA BÁRCENA II 9-150.
 32 RIVES II 448-52. 33 ROA BÁRCENA II 163-75.
 34 *Apelación al buen criterio*, Apénd. ROA BÁRCENA II 195-201.
 35 *Apelación al buen criterio*, Apénd. ROA BÁRCENA II 195-253. BALBONTÍN 103-23. RIVES 452-74. SMITH II 99-110.
 36 BALBONTÍN 119-23. ROA BÁRCENA II 255-307. RIVES II 476-99. SMITH II 110-19.
 37 ROA BÁRCENA III 9-56. CASTILLO NÁJERA 20-7. RIVES II 526-38. SMITH II 140-7.
 38 Proceso del Gral. BRAVO. SÁN. LAM.: *El Col. Mil. y la def. de Chapultepec*. . . ROA BÁRCENA III 57-62. RIVES II 538-74.
 39 Arch. Hist. Dipl. 31: p. 39 y 172-4.
 40 SMITH II 188-209, RIVES II 576-79, ROA BÁRCENA I 249-57, III 170-4 y 184-7.
 41 SMITH II 169-76 y 423. ROA BÁRCENA II 102-6.
 42 *Apuntes para la historia de la guerra* 380-4. ROA BÁRCENA III 169-70. SMITH II 418.
 43 *Polk's Diary* I 224. 44 *Apelac. al buen criterio* 18-9.
 45 RIVES II 232-6. 46 *Ib.* 236-40. 47 *Ib.* 440.
 48 J. F. RAMÍREZ: *México durante su guerra*. . . 173, 231, 237 y 262.
 49 *Polk's Diary* II 325. 50 MANNING VIII 895-6. 51 *Ib.* 195 y 906.
 52 BRAVO UGARTE: "La misión confidencial de Moses Y. Beach en 1847 y el Clero Mexicano", art. publ. en *Abside* XII núm. 4, octubre de 1948.
 53 *Polk's Diary* II 471-84. MANNING VIII 199-207.
 54 RIVES II 500. 55 MANNING VIII 219.
 56 *Ib.* 918, 921, 926 y 927. 57 SMITH II 390-1.
 58 ROA BÁRCENA II 161. SMITH II 131-2 y 389-93. RIVES II 443-7.
 59 *Diary*: 7 feb. 60 ROA BÁRCENA II 341.
 61 MANNING VIII 935. 62 *Ib.* 936.
 63 MANNING VIII 971-3. ROA BÁRCENA III 259-64. RIVES II 584-94.
 64 *Polk's Diary*.
 65 MANNING VIII 983. RIVES II 594-8. ROA BÁRCENA III 261-76.
 66 ROA BÁRCENA III 275. RIVES II 598-602, 605. Archivo hist. dipl.
 35: *La gestión diplomática del Dr. Mora*.
 67 Arch. hist. dipl. 31: *Algunos documentos sobre el Tratado de Guadalupe*, 118.
 68 ROA BÁRCENA III 299. 69 *Constitutional history*, 345.
 70 RIVES II 638-42. 71 ROA BÁRCENA III 322-38.